

oficio, que la murmuración no sustituya á la sumisión, ni la indocilidad á la obediencia. »

« A nadie desprecies : no te quejes de ninguna ofensa : no te muestres altanero ni obstinado : no concedas descanso al cuerpo, para que no grave sobre el alma. Medita la ley del Señor noche y dia, porque el enemigo no deja de expiar el momento en que te encuentre descuidado en este santo ejercicio. Deja enteramente el mundo, y sigue á Jesucristo. Aplícate á regular tu vida : examina todos los dias tus pensamientos, diciendo : ¿ he tenido hoy piedad ? ¿ ha sido movido mi corazón por la compunción ? ¿ soy humilde ? ¿ he concebido verdaderos sentimientos de mi miseria ? Haz además un justo discernimiento de tus acciones, diciendo : ¿ No es verdad que he trabajado poco ? ¿ vivo bién ó mal ? ¿ he dicho palabras inútiles ? ¿ me he encolerizado ? ¿ he deseado los bienes de la tierra ? etc. Lee y relea cuidadosamente todo el contenido de esta carta, y cuando lo hayas puesto en práctica, te daré otros avisos, para que puedas llegar á la perfección que de tí exige Jesucristo. »

De este resúmen se desprende que en tiempo de san Efrén habia excelentes religiosos y un gran número de monasterios, que se distinguian por la práctica de todas las virtudes, de modo que no habia más que proponer su ejemplo á un novicio para trazarle el camino de perfección que debia seguir. Podia también haberse propuesto á sí mismo como un prodigio de humildad, si esta misma virtud no le hubiese impedido conocer el tesoro que poseia en su alma. « Se encuentran aquí, dice en la misma carta, muchos modelos de perfección, á los cuales debes ajustar tu conducta, y no á mí que soy un relajado y perezoso. »

Continuacion de la materia precedente.

ALGUNOS PASAJES HISTORICOS REFERIDOS POR SAN EFREN

El temor de traspasar los límites que nos hemos prescrito, no nos permite exponer todas las máximas de piedad que se hallan repartidas en las obras de san Efrén, y con pena nos hemos visto obligados á compendiarlas. Existe entre sus obras un *Tratado de piedad* dividido en cuatro partes, que contiene reglas excelentes para los religiosos y anacoretas ; pero no nos ocuparemos más que de las concernientes á los primeros, porque las relativas á los segundos tienen hoy poco interés. Añadiremos algunos otros avisos tomados de otro tratado, y algunos pasajes históricos diseminados en sus obras, que cuadran perfectamente en este lugar.

« Si haceis, dice, la vida solitaria en el desierto, procurad conocer los ejercicios de los perfectos anacoretas y sus progresos en la virtud. Si vivís en comunidad, estudiad las reglas del monasterio, y no las desprecieis. Tanto en uno como en otro estado, si observais sus leyes y máximas con conciencia pura, sereis agradables á Dios. »

Si vivís en comunidad en un monasterio. no os separeis de la ley legítimamente establecida, ni de las reglas apostólicas : pues lo que en un principio parece una falta leve, con el trascurso del tiempo ocasiona una pérdida grave. Es necesario asistir con los religiosos á las conferencias, á las vigiliias, al trabajo manual y á los demás ejercicios de la comunidad. Conviene también que todos coman juntos en el refectorio, fuera del caso de enfermedad, y nunca ni en nada seguir la propia voluntad. »

« Ser lijero, inconstante, disipado, ir de acá para allá, pasar de una obra á otra, no es medio de que los frutos de

la virtud lleguen á su madurez. El enemigo no ataca al religioso de la misma manera en todo lugar: aquí le insinúa que debe pasar de una vida oscura y trabajosa á otra en que brillen más las obras de piedad: allí le inspira que deje este empleo que es beneficioso para su salvación, bajo pretexto de que á nadie es útil. Al que vive en un monasterio le sugiere pensamientos de retirarse al desierto para tener más recogimiento, y al anacoreta le persuade que deje el desierto bajo pretexto de que carece de todo consuelo. »

« Los que vivís en el monasterio, aunque se os dé de comer dos veces al día, hacedlo con acción de gracias. Si os causa amargura el que se os pongan muchos platos, pensad que no se han preparado por orden vuestra. Por el contrario, si lo que se os dá es malo y en poca cantidad, pensad que el Rey de los cielos, al hacerse hombre, no se desdeñó de comer pan de cebada. El llevar la templanza más allá de sus legítimos límites no es obrar con sabiduría; pero al mismo tiempo la destemplanza enciende el fuego de la concupiscencia, y hace al hombre esclavo de los deseos de la carne. »

« El que vive en un monasterio debe ser obediente, sin disputar ni contestar. Debe ser compasivo para con el prójimo y alejado de toda vana gloria: no debe ambicionar los honores, ni buscar la dominación. Debe ser exacto en todos los ejercicios de la religión: mantenerse en su retiro, no ir de celda en celda, no hablar sin haber meditado lo que ha de decir, ni portarse con afectación, ni aparecer como sabio y habilidoso, sino portarse en todas las cosas con sencillez. »

« Conservad vuestro cuerpo puro y exento de pecado, porque lo habeis ofrecido á Dios, y no podeis disponer de él, sin caer en sacrilegio. Dos hombres ricamente vestidos se pasean juntos por una plaza: uno de ellos da un paso

en falso, y cae en tierra: entónces movido de la envidia, hace también que caiga su compañero para no aparecer solo cubierto de lodo. Pues esto es una imágen muy apropiada de los que, habiéndose separado del camino de la virtud, se esfuerzan en arrastrar consigo á los demás. ¡ O hombres perversos y pecadores! ¡ O corazones corrompidos! ¡ O bocas llenas de doblez! Huid, huid de su trato, que es más amargo que la hiel. »

A muchos religiosos que se ven atormentados de malos pensamientos, hasta en el mismo oratorio, y cuando se celebran los santos oficios, les dá san Efrén este aviso. « En cuanto á los pensamientos de que me habeis hablado, y á las tentaciones que turban vuestra alma, no os ocultaré mi debilidad, yo siento la misma affixión. Los malignos espíritus no atacan sólomente en la soledad, sino hasta en la misma casa del Señor, para impedirnos asistir con un espíritu puro y atento á los santos y terribles misterios de la religión. Pero el que se ejercita en la sobriedad y en la templanza, si procura recoger sus ojos, vigilar sobre su corazón y estar atento, vencerá á su enemigo con los auxilios de la gracia. »

« Vigilemos, pues, sobre nuestro corazón y sobre nuestros sentidos, para no hallarnos expuestos á grandes combates. No los rehusemos, sin embargo, sino sostengámoslos animosamente. Disipemos los fantasmas é ilusiones de nuestro enemigo. Pero ántes de presentarnos al combate, recurramos á Dios, y digámosle humildemente con Daniel: *No hay confusión para los que en vos confían*¹: queremos seguiros con todo nuestro corazón: os tememos, y al mismo tiempo os buscamos. No permitais que seamos llenos de confusión, sino tratadnos según la muchedumbre de vuestra misericordia. Libradnos, aunque sea obrando las mara-

¹ Dan. iii, 40.

villas y prodigios de vuestra diestra. Haced, Señor, que demos á vuestro nombre la gloria que le es debida : que sean confundidos todos los que incitan á vuestros siervos al mal : que sea destruido todo su poder y quebrantadas sus fuerzas : que sepan que vos sois el soberano Rey de cielos y tierra. »

« Muy dichosa es aquella ciudad, dice en otro tratado de piedad, que es dirigida por buenos gobernantes. Muy dichoso el monasterio que es regido por superiores sobrios y prudentes ; pero si estos son dados á la disipación, el monasterio será arruinado por su relajación y negligencia. Si os hallais bajo la obediencia de padres espirituales, no creais practicar la virtud, cuando os dirijan palabras dulces y caninosas ; sino cuando sufrais pacientemente los desprecios y ultrajes. No os incomodeis, pues, con el que os corrige é instruye, si quereis ser un instrumento de elección ; sino estudiad atentamente todos los medios de perfeccionar la obediencia y la humildad. »

« Que vuestro corazón sea siempre firme y constante, porque la inconstancia y la relajación son contrarias á la virtud. Hacedos violencia, cuando os asalte la pereza, cual intrépido viajero que no se arredra por lo largo y dificultoso del camino. Considerad el hábito que llevais ; ved cuán diferente es del de el mundo. Él os enseña el desprecio con que debéis mirar las cosas del mundo, y la vida enteramente celestial y ocupada en obras espirituales que debéis llevar. No os dejéis arrastrar de los malos deseos, ni de la vana gloria. Conservaos en la pureza, y si la llama de las tentaciones empieza á prender en vuestras almas, procurad extinguirla con lágrimas de compunción. La pureza es un rico tesoro : si la amais, el Señor os glorificará ! »

« Busquemos con solicitud la vida espiritual, y abracémosla con fervor : reprimamos nuestras pasiones, si quereamos adquirir la ciencia de Dios. Haciéndolo así, alcanzaremos el don de inteligencia, que nos ilustrará, y nos hará

brillar cual resplandecientes lámparas. No descuidemos nuestra alma : sometámosla al Espíritu Santo, y pongámosla bajo su divino poder, para que sea purificada y santificada. Nuestra alma es un bién que nos es propio : es preciso, pues, cultivarla, como un campo, para que produzca abundantes frutos. »

Si el enemigo nos hace caer, procuremos levantarnos en seguida, para no ser arrastrados á mayores males, y llegar á la desesperación, que sería el calmo de la desgracia y el principio de la perdición eterna. Aún cuando hayamos caído en las mayores iniquidades, no continuemos en ellas, no desesperemos ; pues con el auxilio de la penitencia podemos salir de este abismo. Cuando vea el Señor que hemos mudado de vida, y que nos hemos convertido á él, nos recibirá como verdaderos amigos, y nos dará sus auxilios para abrazar las más perfectas virtudes. »

En el capítulo VIII de este *Tratado de piedad* habla extensamente san Efrén de la necesidad de huir de los herejes, y del peligro que encierra su trato. Este capítulo merece ser leído : pues en él se observa la pureza de su celo y su adhesión á la fé de la Iglesia, así como el horror que profesaba á todo aquello que la ataca. « Huid, dice, de la compañía de los herejes y de los hombres disolutos, cuyas palabras son corrompidas, contrarias á la fé y á la religión, y penetran, cual punzantes flechas, el corazón. Yo he conocido á algunos que con sus discursos pervertian las almas, pudiendo compararse á aquellos hombres atacados de la lepra, de que habla la santa Escritura, los cuales hacian impuros, según la ley, los lechos en que dormian, las sillas en que se sentaban, y los sitios en que escupian. Pues de la misma manera las palabras de un alma impura hacen abominables á todos que les prestan oídos. » El retrato que de ellos hace en todo el resto de este capítulo, los representa al natural, en sus palabras artificiosas, en sus maqui-

naciones, y en la sutileza de sus discursos, así como en la falsedad de sus sentimientos.

Añadiremos aquí algunos pasajes históricos referidos por el Santo en sus tratados, y que no son ménos instructivos que las máximas de piedad que propone. « Un religioso, dice, que estaba bajo la obediencia de los Padres espirituales, fué en busca de uno de sus hermanos, y le dijo, que deseaba dejar á estos Padres, para vivir tranquilamente por sí mismo. El hermano á quién tal propósito habia manifestado le dijo: Un hombre que tenia un hijo, lo colocó con un artista, para que éste le enseñase su oficio. Pero este jóven era disipado y distraido en su trabajo: así es que algunos dias despues dijo á su padre, que lo retirase de la casa del maestro, porque podía aprender el oficio por sí mismo. Si estando al lado de un maestro, le respondió el padre, nada has podido aprender, ¿ que harás tú solo, que no sabes ni aún obedecer? Veo que te disgusta el oficio, y que cualquiera otro que tomes te ha de costar más trabajo. Apréndelo pues, como corresponde, para que seas un buen artista, y te encuentres con medios de ganar tu subsistencia, porque la muerte devora á los ignorantes, y son muy desgraciados los que carecen de ciencia y oficio. »

Un religioso, que reprendia á otro le expuso bajo la siguiente parábola los esfuerzos que hace el demonio para retraer á los que quieren entrar en el camino de la salvación. « Dos hombres se dirigian á una ciudad, distante unos treinta estadios. Cuando habian caminado dos ó tres, eucontraron un paisaje muy encantador: era un bosque de copudos árboles que proyectaban agradable sombra, y en que se escuchaban las dulces melodías de innumerables pajarillos, y mil objetos que encantaban la vista. Uno de ellos, con el afán de llegar á la ciudad, continuó su camino; miéntras que el otro se detuvo á contemplar aquellas delicias, y á gozar de la plácida sombra. Entre tanto

una fiera salió del fondo del bosque, y lo devoró. »

El religioso que oia esta parábola, le rogó que la explicase, y para complacerle, le dijo su compañero: Estos dos hombres representan á los que han comenzado el camino de la piedad, y se esfuerzan por llegar á ella. Queriendo el enemigo detenerles en su camino, les inspira deseos diabólicos, es decir, pasiones de vana gloria, de ambición, de orgullo, de vanidad y de otros vicios semejantes. Los que corren afanosos por llegar al término, y recoger el premio á que Dios les llama, no se detienen por nada del mundo. El otro que se ha dejado cautivar por las bellezas del bosque, designa á las personas que separan su espíritu y su corazón de las cosas espirituales, para ponerlos en las visibles. El calor que teme, simboliza los trabajos y aflixiones que se encuentran en el camino de la virtud. Pero al detenerse en este lugar, es sorprendido por las fieras, que significan las cosas terrestres que, cual fuertes lazos, aprisionan las almas. Por esta razón el pecado, cual bestia feroz, se abalanza sobre los que se hallan entregados á los placeres, según la expresión de la Escritura: *La concupiscencia, despues que ha concebido, pare el pecado, y el pecado, cuando es consumado, engrendra muerte.*¹

« Referia un religioso, que habia un hombre que encomendó sus bienes y negocios á un criado de todo su confianza. Este concibió un ardiente deseo de abrazar la vida monástica; pero su amo puso en juego todos los medios posibles para hacerle retroceder de su designio, sin que pudiese conseguirlo. Algunos años despues le asaltó una violenta tentación de volver al siglo, y dejando efectivamente su celda, fué á la casa de su amo con pretexto de hacerle una visita. La primera y segunda vez fué recibido con grande agasajo, y á la tercera manifestó su debilidad,

¹ Jac. 1, 15.

diciendo que, no pudiendo soportar el yugo de la vida religiosa, le suplicaba que lo admitiese nuevamente en su casa prometiéndole que cuidaría de sus negocios con el mayor esmero. A esto le contestó el amo : Si no has sido fiel á la promesa que has hecho á Dios, ¿ como has de serlo á la que á mí me haces ? Esta sencilla observación le hizo entrar en sí mismo, y se apresuró á volver á su celda. »

« Un hombre se presentó en un monasterio para abrazar la vida religiosa, y quiso habitar en una misma celda con un anciano. Algunos dias despues pensó variar de celda, y otro religioso le reconvino por su inconstancia, diciéndole : Aún cuando hubieseis caido en poder de los bárbaros, ¿ os atreveriais á decir que no podiais vivir entre ellos ? Al oír el religioso estas palabras, se sintió movido á compunción, é hizo penitencia. »

« Un religioso se sintió atacado de vanos pensamientos, que le alentaban á figurarse que habia hecho algunos progresos en la virtud. Queriendo reprimirlos, puso la mano en una caldera de agua hirviendo, y se decia : Vé aquí que te quemas, y no te enorgulleces. Cuando los tres niños estaban en el horno de Babilonia, lejos de llenarse de orgullo, alababan á Dios con humildad, y tú que vives en la tibieza y en la molicie, ¿ pretendes llenarte de vanidad. De esta manera triunfaba este religioso del demonio de la soberbia. »

Otro religioso que habia tomado el hábito, fué tentado de dejar el monasterio, y á cada hora se le ocurría este pensamiento : Lo mismo debe sucederme á mí que á las legumbres que se crian en una huerta : si el hortelano no las saca de su lugar para trasplantarlas no crecen. Más para librarse de este pensamiento inoportuno, se decia al mismo tiempo : Es verdad que el jardinero trasplanta algunas legumbres, pero no las arranca todas, sino que deja las que puede sostener el terreno. Además las que se tras-

plantan pierden algo de su vigor, por lo cual yo debo ser de las que no se trasplantan. Con este razonamiento y con los auxilios de la gracia triunfó de la tentación.

« Pasaba un jóven su noviciado en un monasterio guardando el más absoluto silencio, y decian sus compañeros que no lo hacía por virtud, sino porque no sabia hablar, y hasta algunos llegaban á sospechar que estuviese poseido del demonio. El novicio, sin embargo, no se daba por entendido, y glorificaba al Señor en lo más íntimo de su alma. »

« Un religioso decia que rogaba al Señor que le concediera la gracia de que, cuando alguno de los padres le mandase alguna cosa, pudiese decir con humildad : Este religioso es mi maestro, y yo debo obedecerle : que cuando fuera otro religioso el que se lo mandase, pudiese decir : Este es hermano de mi maestro, y que cuando fuese un jóven, dijera : Este es hijo de mi maestro. De esta manera resistia este buén religioso á la tentación, estaba siempre en paz, y adelantaba con los auxilios de la gracia. »

« Algunos religiosos hacian sobre tarea y durante la noche una obra. Uno de ellos se sintió bastante molestado por el frio, y tuvo que retirarse á su celda, lo cual dió ocasión á que otros le murmurasen. Enviaron pues á uno de ellos para hacerle venir, y éste, al ver que estaba verdaderamente malo, no le habló de volver al trabajo, sino que se contentó con decirle : Los hermanos desean saber como estais : en cuanto al trabajo no os preocupeis, los demás haremos la parte que os corresponde. — Hermano mio, le contestó el enfermo, diga vuestra caridad que deseo ayudarles, pero que mi mal estado me lo impide : »

« Un religioso se veia afligido de tentaciones en órden al trabajo manual, y para vencerlas, se decia : « Y ¿ qué, siervo malo ? ¿ no te has vendido al monasterio ? luego no

te perteneces á tí ; qué cosa mejor has podido hacer ? El Señor le consolaba con esta reflexión. »

« Hallándose los religiosos en el refectorio, presentó uno de ellos un jarro de vino. Lo tomó un religioso, y viendo que estaba muy caliente el agua que le habia mezclado, le dijo : » Hijo mio, me he quemado. « Al oirlo el religioso, se retiró á su celda, hiriendo su pecho y diciendo : « Si yo fuese criado de un amo muy severo, éste me hubiera castigado por semejante accion. Lo cual me indica que en adelante no debo ser negligente. »

« Extendian dos religiosos durante la noche un poco de lino, y lo disponian para machacarlo. Quebróse la cuerda por un lado y se incomodó el que por él la sostenia. Entónces el otro, sin que pudiese ser notado, la rompió por el otro lado, y de este modo quitó todo motivo de contienda. »

« Otro religioso leia durante la noche, y queria concluir el capítulo, por lo cual se le pasó la hora. Otro le murmuró creyendo que estuviese acostado, por lo cual le dijo el primero : » Si estando en la mesa, hubiese dicho el superior que se podia beber algún vino más ¿ no nos hubiéramos alegrado ? El murmurador reconoció su falta, y le pidió perdón. Un religioso dijo también á otro en la mesa : « ¿ Porqué quitáis tan pronto los platos, y no me dejáis concluir ? — Es, respondió, que yo, como servidor, tengo que hacer lo que los superiores me ordenan » — El religioso comprendió que tenia razón, y le pidió perdón.

« Un religioso se vió atormentado del pensamiento de quedarse acostado en tiempo de vigilia ; pero lo combatió diciendo : « ¿ Crees tú que hoy no estás obligado á levantarte, y que mañana lo harás ? » — El mismo pensamiento tuvo en orden al trabajo ; pero también se dijo : « Nó, trabajaré hoy, y mañana Dios cuidará de que también lo haga. »

« Otro religioso se hallaba enfermo, y sin embargo, no dejaba de trabajar. Llorando un dia en su celda, pedia á Dios que le devolviese la salud ; pero en seguida se dijo : « ¡ Pobre de mí ! ¡ que relajado soy ! Mi alma está siempre enferma, y no me aflijo ; pero tan luego como tengo una pequeña enfermedad corporal, pido á Dios con lágrimas verme libre de ella ; Ah ! Señor mio Jesucristo, curad mi alma y mi cuerpo, para que yo no sirva de carga á mis hermanos. El hombre no se sostiene por sus propias fuerzas, y perece si vos no atendeis á sus necesidades. Dadme la salud para que yo no sea un siervo inútil, porque en nada se ostenta tanto vuestra misericordia como en perdonar al pecador arrepentido, y haced que brille en mí la grandeza de vuestro poder. »

« Un religioso que, por orden del superior, tenia que ir á moler trigo en un molino en que se proferian palabras indecentes, preguntó á otro, que deberia hacer. » No habeis visto, le respondió, como muchos niños están juntos en la escuela, y cada uno se aplica á estudiar su lección, y no la de los otros ? Si os turban esas palabras, recordad lo que dice el Apóstol : *Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno* ¹.

ORACIONES DE SAN EFRÉN, QUE PUEDEN SERVIR DE MODELO A LAS ALMAS PIADOSAS

No tememos ser demasiado prolijos en la historia de san Efrén, copiando algunas de sus oraciones, para que al mismo tiempo que dan á conocer los trasportes que arrobaban su corazón, puedan servir de modelo á las personas piadosas, y excitarlas á sentimientos de compunción, de reconocimiento y de ardiente caridad. El don de la oración

(1) Tess. v, 21.